

Tiene razón en decir que estos moldes se han perdido... ¡Zape, zape! Y no se mordía la lengua... ¡Vaya unos comentarios, vaya unos escolios y aclaraciones, como si la cosa de por sí no estuviese bastante clara ya! ¡Mire V. que estas metafísicas acerca del beso! No, y es que ningún poeta ni ningún escritor de ahora discutiría explicación más bonita; está oliendo á Platón desde cien leguas... ¡Qué lindo! Este deseo de cobrar cada uno que ama su alma, que siente serle robada por el otro, é irla á buscar en la boca y en el aliento ajeno, para restituirse de ella ó acabar de entregarla toda... ¡Mire V. que es bonito, y endiablado, y poético, y todo lo demás que V. quiera! ¡Ah... pues no digonada de los detalles de... Santo Dios, santo fuerte! No, lo que es este libro... ¡Luego se andan escandalizando de cualquier cosa que hoy se escriba, que ninguna tiene ni este fuego, ni esta fuerza, ni esta hermosura, ni esta... acción comunicativa! ¡Pero qué hermosura tan grande, qué lenguaje y... qué diabluras para libro piadoso!...

Se hundió completamente en la lectura, embelesado, con el alma y los sentidos pendientes del admirable cuanto breve poema. Una aspiración profana á la dicha amorosa llenaba todo su ser, y creía oír de los puros labios de la montañesita aquellas embriagadoras palabras: "No me mires, que yo soy algo morena, que miróme el sol: los hijos de mi madre porfiaron contra mí, pusieronme por guarda de viñas; la mi viña no guardé..." Acabóse el libro antes que

las ganas de leer, y el artillero apagó de un rápido soplo la luz, quedándose embelesado en dulces representaciones y en proyectos sabrosos. La sed se le había calmado del todo; la fantasía, aunque excitada por la lectura, cayó en esas vaguedades precursoras del descanso; las ideas perdieron su enlace y continuidad, se deslizaron, se hicieron flotantes é inconsistentes como el humo; Gabriel vió viñas y prados, campos de miés opulenta, un mar de miés que no concluía nunca; su sobrina le guiaba al través de él, diciéndole mil ternezas en bíblico estilo y en primorosa lengua castellana; el cura de Ulloa estaba allí, no austero y triste, sino paternal y venerable, con un jarro de agua fresca en la mano... Gabriel pegaba la boca al jarro, bebía, bebía... ¡Qué agua tan delgada, tan refrigerante y deliciosa!

Oyóse la clara y atrevida voz del gallo; un reflejo blanquecino penetró por las rendijas de las ventanas. El comandante Pardo dormía á pierna suelta.

## XXIII

SE despertó muy tarde, rendido de su lucha con el insomnio. Cuando la cocinera, mocita frescachona, de buenas carnes—que desde la mudanza de estado de Sabel desempeñaba el negociado de los pucheros—le subió el chocolate, á petición suya, eran cerca de las nueve y

media, hora extraordinaria para los Pazos, donde todo el mundo madrugaba, siguiendo el ejemplo del amo, á quien antes despertaban con la aurora sus aficiones de cazador y ahora su consagración á las faenas agrícolas.

Los pensamientos de Gabriel al dejar las ociosas plumas, desayunarse y asearse, fueron sobremanera halagüeños. Su sobrina le esperaba ya, y en tan amable compañía prometíase otra jornada como la de la víspera, otro viaje de exploración por los alrededores de los Pazos, y, al mismo tiempo, por los repliegues de un corazón candoroso, tierno y franco, donde el artillero quería penetrar á toda costa. Y no sólo por inclinación, sino por deber, fundiéndose en sus deseos los más egoistas y los más nobles sentimientos del alma, que eso suele ser, bien mirado, el amor. Gabriel se atusó y acicaló lo mejor posible, y se peinó de manera que el pelo le adornase con mediana gracia la cabeza (aunque sin recurrir á artificios de tocador, indignos de tan varonil y discreta persona), y aguardó con ansiedad natural y disculpable los golpecitos en la puerta. Corrió tiempo. Nada. Impaciente ya, midió repetidas veces el aposento, lo recorrió y examinó todo, abrió la ventana, asomóse á ella, miró el paisaje, notó que el día era canicular y la temperatura senegaliana, espantó con el pañuelo las impertinentes moscas que venían á posársele críticamente en el hueco de las orejas ó en la comisura de los labios—donde más podían fastidiarle,—sonrió ante las ingenuas pinturas del biombo, intentó coger un li-

bro, miró el reloj... Nada. La incertidumbre le freía la sangre. Se determinó á salir, buscando el camino de la habitación de su cuñado. Recorrió salones, más ó menos destartados, y durante la caminata observó algún hermoso vargueño con incrustaciones, de esos que hoy se pagan y estiman tanto, abandonado y estropeándose en un rincón, algún cuadro al óleo, cuyo asunto era imposible adivinar, de tal modo se habían ennegrecido los betunes y las tierras, y tan resquebrajado se hallaba por falta de barniz; vió, en suma, indicios de lo que pudo ser en otro tiempo aquella señorial morada, que inspiraba á Gabriel dilatadas tesis de filosofía histórica. Sólo que entonces no estaba el horno para pasteles. ¿Dónde se habría metido todo el mundo? Porque tampoco el hidalgo de Ulloa parecía por ninguna parte. En su habitación sólo encontró Gabriel á la vieja perra de caza, tendida bajo el rayo solar que de una ventana caía. Al ruido de los pasos del artillero, la perra entreabrió un ojo, sin alzar el hocico que recostaba en las patas de delante, y azotó el suelo con el muñón del rabo, como dando los buenos días.

En vista de que la casa parecía un palacio encantado ó abandonado por sus moradores, Gabriel bajó á la cocina, donde halló á la nueva hermosa fregatriz ocupada en la labor de un picadillo. Con tanta energía meneaba la media luna sobre la tabla de picar, que la había excavado por el centro, y es seguro que en albondiguillas ó chulas se tragarian los señores, á vuel-

ta de pocos años, un castaño ó roble enterito. Cuando Gabriel preguntó por el hidalgo, la moza dió paz á la media luna y le miró, abriendo la boca de un palmo.

—Le está en la era... ¡con los que majan!— exclamó al fin asombrada de la pregunta.

No comprendía Gabriel el asombro de la chica, ni toda la importancia de la gran faena de la maja, esa faena en que se asocian el cielo y la estación estival al trabajo del hombre, esa faena que no puede realizarse sino en el corazón del año, en mitad de la canícula, en los brevísimos días, que en Galicia apenas llegarán á ocho, cuando el agricultor, pasándose el revés de la mano por la empapada frente y respirando fuerte, exclama:

—¡Qué día de maja nos manda hoy Dios!

A la entrada de la era de los Pazos, el comandante se paró sorprendido por el cuadro, para é novísimo, que se le ofrecía. No era posible soñarlo más animado, más bucólico, más digno de un pintor colorista, alumno de la naturaleza y fiel á la realidad, enemigo de afeminaciones de dibujo y falsas luces cernidas por cortinas de taller. No siendo de piedra la era, habíanla barnizado con una costra espesa de boñiga de vaca, á fin de que el *fruto* no se confundiese entre la arena y el polvo, y rodeándola de sábanas sostenida por cuerdas, con objeto de que el mismo grano no rebasase del circuito donde se majaba. Las *camadas de pan*, ópimas, gruesas, mullidas, se tendían sobre el espacio cuadrilongo, en correcta formación: y los membrudos gañanes,

remangados, en dos hileras situadas frente á frente, aporreaban con sus pértigas, á compás, la extendida mies, haciendo saltar las perlas de oro del trigo, impacientes ya por salirse, con el menor pretexto, del estuche bruñido que las contiene. El sol, implacable, metálico, se bebía el sudor de los trabajadores apenas brotaba de los dilatados poros; y, sin embargo, la faena seguía y seguía, que para sostener el esfuerzo allí estaban, entre camada y camada, los jarros de vino corriendo de mano en mano. Las jornaleras, vestidas con sayas angostas de zaraza desteñida, que les señalan los recios muslos, sacuden la paja, la colocan en rimeros grandes, preparan la camada nueva, y entre tanto el hombre, de pié, apoyado en el *mallo*, ebrio de sol, despechugado, con la camisa de estopa pegada al cuerpo, despacha aprisa el *espeque* ó cigarro, y ya se escupe en la palma de las manos para volver á blandir el instrumento cuando suena la hora del combate. ¡Hora terrible, en que se gastan energía y vigor suficientes para vivir un mes! La luz deslumbra y ciega; el ambiente es de boca de horno; no corre ni el soplo de aire suficiente á inclinar el tallo de la más endeble gramínea: las hojas de las higueras que rodean la era de los Pazos permanecen inmóviles, como recortadas en hoja de lata, y los verdes higos, tiesos, á modo de pencas de metal: á veces un pajarillo cae al suelo agonizando de sofoco, con el pico desesperadamente abierto, y la pluma erizada: en el lindero más cercano, la víbora saca su cabeza chata, enciende su oji-

llo de azabache, resbala sobre la hierba escandecida, y los abejorros, aturdidos, no aciertan á salir del cáliz de flor en que hundieron la trompa... ¡Y en el desmayo general de la naturaleza, que desfallece y espira de calor, sólo el hombre reconoce su condición servil y cumple el precepto del Génesis, azotando las mies que le ha de dar sustento!

Gabriel, en cuya presencia nadie reparaba, porque el interés de la faena absorbía á todos, permanecía á la entrada de la era, protegido por la sombra del hórreo, y deteniéndose en ir á saludar á su cuñado: verdad que éste tenía el rostro más ceñudo y avinagrado que de costumbre, leyéndose en él cierta sombría preocupación, debida á circunstancias que merecen referirse.

Todos los años, al abrirse la maja, acostumbraba el señor de Ulloa sacudir la primera camada, demostrando así á sus gañanes que si no ganaba el mismo jornal que ellos, no era por falta de aptitud. Cuando el descendiente de aquellos Moscosos que habían lidiado calzando espuela de oro en los días, azarosos para el país gallego, del reinado de Urraca y Alfonso de Aragón; de aquellos Moscosos que se distinguieron entre los paladines portugueses en la ardiente África; de aquellos Moscosos que hasta mediados del siglo XIX conservaron en el límite de sus dominios erectos los maderos de la horca, como protesta muda contra la supresión de los derechos señoriales; de aquellos Moscosos... en fin, de aquellos Moscosos de Ulloa,

que, si no en caudal, en sangre azul podían competir con lo más añejo y calificado de la infanzonía española... cuando el descendiente, digo, de tan claro linaje empuñaba el *mallo* y á la voz de á la una... á las dos... á las tres... se santiguaba, lo vibraba en el aire y lo derrumbaba sobre la espiga, corría entre los *malladores* halagüeño murmullo, que crecía á medida que el señor, con compás admirable y pulso de atleta, reiteraba los golpes, sin cejar un punto, poniendo la ceniza en la frente al más alentado de sus mozos. Su abierta camisa descubría el esternón bien desarrollado, blanco, saliente, que con el tragín de la labor iba sonroseándose como el cutis de una doncella á quien agita la danza: sus mangas, vueltas por más arriba del codo, permitían ver las montañuelas de carne que el ejercicio alzaba y deprimía en los robustos brazos. Y así que terminaba el vapuleo por no quedar ni sombra de grano en la espiga tendida, y Don Pedro, sudoroso, humeante, pero con la respiración igual y desahogada, se quedaba apoyado en su *mallo* y gritaba con firme voz: —¡Ea! ¡Day un jarro de vino, retaco! ¡Los majadores tenemos que mojar la palabra!— ya no era murmullo, sino tempestad atronadora de plácemes, de alabanzas, de requiebros, si así puede decirse, dirigidos á lo que más admira el labriego en las personas nacidas en esfera superior: la fuerza física. Don Pedro sonreía, guiñaba el ojo, dejaba escurrir suavemente el *mallo* sobre la paja, se atizaba el jarro de una sentada, no sin decir antes “hasta verte, Jesús

mío,, y consumada esta segunda hazaña, que no se celebraba menos que la primera, echábase la chaqueta por los hombros, se encasquetaba el sombrero, y sentado en las gavillas de miés, fumaba como los otros trabajadores, pero con placer sereno é íntimo orgullo.

Este año observaban atónitos los gañanes que el marqués no seguía la ya inveterada costumbre. Sentado estaba allí lo mismo que siempre; ¿cómo sería no coger el mallo? Hasta parece que no se le alegraba la cara viendo aquella gloria de Dios de los haces, nunca más lucidos ni de más limpia espiga, y aquel sol hecho de encargo para desprender el fruto, y aquel mar de oro donde los mallos, al precipitarse, producían un ruido apagado, mate y sedoso que regocijaba el corazón. Lejos de manifestar el contento de otras veces, hasta se podía jurar que el hidalgo de Ulloa había exhalado media docena de suspiros. De tiempo en tiempo cruzaba las manos y se tentaba los brazos y fruncía el entrecejo, como el que no sabe á qué santo encomendarse. De repente, Gabriel, desde su atalaya, vió que el marqués se levantaba resuelto, se despojaba de la americana á toda prisa, se remangaba...

—¿Qué barbaridad irá á hacer éste?—pensó Pardo.

Se admiró más al verle asir la pértiga, colocarse en fila y zurrar valerosamente la miés. El señor de Ulloa, en los primeros momentos, demostró todo el esfuerzo y brío acostumbrados; pero á los pocos golpes empezó á sentir lo

que tanto temía, lo que desde por la mañana le nublaban la frente; la respiración se le acortaba, el brazo se resistía á levantar el instrumento, las carnes se le volvían algodón y se le doblaban las rodillas. Exclamó con angustia "¡Alto, rapaces!", y los diez y nueve mallos de la cuadrilla permanecieron suspensos en el aire, como si fuesen uno solo, mientras los gañanes miraban al señor con muda lástima y en un silencio tal, que pudiera oirse el vuelo de una mosca. Al fin dejó Don Pedro caer la pértiga, se llevó ambas manos á la frente húmeda, y á vueltas de congojoso sobrealiento murmuró:

—Rapaces... Ya pasé de mozo. No sirvo... No darme el jarro.

Cuchichearon los gañanes; algunos sacudieron la cabeza entre burlones y compasivos, no sabiendo si era prudente tomar el caso á risa ó dolerse mucho de él. Don Pedro, desplomado en los haces, se enjugaba el sudor con un pañuelo amarillo; sus labios temblaban, su rostro estaba demudado, y un dolor real, acerbo y hosco, se pintaba en él. Parecía como si el fracaso de su intento le echase de golpe diez años encima. Sus arrugas, su pelo gris, todas las señales de vejez se hacían más visibles. Y con los ojos cerrados, cubiertos por el pañuelo, la otra mano caída, la espalda encorvada y la cabeza temblorosa, el marqués se veía ya inútil para todo, baldado, preso en una silla, tendido después en la caja, entre cuatro cirios, en la pobre iglesia de Ulloa, ó pudriéndose en el cemento-

rio, donde hacia tiempo le aguardaba su mujer.

Así se estuvo unos cuantos minutos, sin que los gañanes se atreviesen á continuar la tarea, ni casi á chistar. Un rumor profundo, contenido, salió de la multitud, cuando Don Pedro, levantándose ímpetuosamente, listo como un muchacho y con un semblante bien distinto, alegre y satisfecho, llamó con imperio al Gallo, que, ojo avizor, muy currutaco de traje, muy gallardo de apostura, asistía á la faena.

—¡Angel! ¡Angel!

—Señor...

—Busca al *señorito* Perucho... Tráelo volando aquí... De mi parte, ¡que venga á majar la camada!

Jamás impensado reconocimiento de príncipe heredero produjo en corte alguna tan extraordinaria impresión como aquellas explícitas y graves palabras del marqués de Ulloa. Inequivoca era la actitud; claro el sentido de la orden; elocuente hasta no más el hecho; y si alguna duda les pudiese quedar á los maliciosos y á los murmuradores de aldea acerca del hijo de Sabel, ¿qué pedían para convencerse? Llamarle á que majase la camada en lugar del hidalgo, era lo mismo que decirle ya sin rodeos ni tapujos:—Ulloa eres, y Ulloa quien te engendró.

Todos miraron al Gallo, á ver qué gesto ponía. Nunca el semblante patilludo del rústico buen mozo y su engallada apostura expresaron mayor majestad y convencimiento de la alta importancia de su misión en la señorial morada

de los Pazos. Se enderezó más, brilló su redonda pupila, y respondió con tono victorioso:

—Se hará conforme al gusto de Usía.

Salir el Gallo por un lado y entrar Gabriel por otro, fué simultáneo. Acercóse á su cuñado, y hechos los saludos de ordenanza, sentóse en los haces, y pidió noticias de su sobrina.

—¿Quién sabe de ella?—respondió el padre.—Andará por ahí... ¿Has visto la maja?—añadió revelando sumo interés en la pregunta.

—Sí, te he visto hecho un valiente...

—¿A mí? ¡A mí me viste acabado, *derreado!* Ya no sirve no sino para echar al montón del abono... A cada cerdo le llega su San Martín... Ya verás á Perucho majar la camada, que será la gloria del mundo... Ey, Angel... ¿Viene ó no viene? ¿Qué... no está?

—Dice que no... que salió trepanito con Manola... Que no voltaron aún.

—¡Por vida de!... ¡Mal rayo!

Volvió á encapotarse el rostro y á anudarse de veras el ceño del hidalgo de Ulloa.

#### XXIV

COMERON solos los dos cuñados. Al sentarse á la mesa, Gabriel manifestó extrañeza grande por la ausencia de Manola, y Don Pedro preguntó á los criados si los *rapaces* no parecían; la respuesta negativa no le despejó el severo entrecejo. Erale difícil al hidalgo con-

servar muchas horas seguidas la afable disposición de los primeros momentos de hospitalidad; no sabía ejercitar la simpática virtud de la eutrapelia, que, en resumen, es cortesía y buena crianza, y al poco tiempo de tratar á una persona, se creía autorizado para obligarla á que sufriese su mal humor, así como á imponerle su jovialidad, cuando estaba alegre, que no era cosa que ocurriese todos los días. Por su parte, Gabriel, aunque siempre atento y sin prescindir de sus corteses maneras, también se mantenía serio, como hombre que tiene algo grave en qué pensar.

Sus porqués y cavilaciones salieron á relucir á la hora del café, cuando ya la moza en pernetas y el tagarote del criado no tenían necesidad de entrar en el comedor. Hacíase el café allí mismo, en la mesa; lo preparaba Don Pedro—único modo de que saliese á su gusto—en una maquinilla de hoja de lata toda desastada, derrotadísima, con lágrimas de estaño colgando á lo largo de su cilindro superior; artefacto casi inservible, pero irremplazable para Don Pedro, habituado á semejante chisme y persuadido de que en una cafetera nueva no le saldría bien la operación. Se filtraba el café lentamente, gota á gota, y en realidad resultaba fuerte, obscuro, aromático, exquisito. El marqués de Ulloa era inteligente en la materia, porque merece notarse que aquel burdo hidalgo, ajeno, no sólo á la idea de lo que espiritualmente embellece y poetiza, sino de lo que hace materialmente grata la existencia, tenía

en dos ó tres ramos afinadísimo el sentido y el conocimiento, hasta rayar en sibarita: nadie como él distinguía un legítimo habano de primera de las imitaciones más ó menos hábiles; nadie entendía mejor el intringulis del café; nadie conocía tan perfectamente dos ó tres clases de licores y vinos; y así como entendía, fallaba, y que no le viniesen con cigarros del estanco ni con jerez de marcas inferiores. Ni él mismo podía decir dónde había adquirido esta ciencia: acaso le venía de casta, como al gitano ser chalán y al árabe apreciar armas y caballos.

Mientras se destilaba el rico néctar, Gabriel, sin acritud ni severidad, antes con cierta blandura, encaminada á hacerse los lares propicios, dijo á su cuñado:

—Oye tú... ¿No le habrá sucedido á Manuel cosa mala? ¿Estás seguro?

—Va con Perucho—respondió lacónicamente el marqués, dando vuelta á la llave y acercando á la villa la taza de Gabriel, donde cayó un chorro negro que despedía efluvios balsámicos.

—Perucho...—murmuró Gabriel Pardo, como si se le atragantase el nombre.—Perucho... es un muchacho de muy poca edad.

—Poca edad... ¡Quién me diera en la suya!—exclamó el hidalgo, respirando por la herida de su decadencia física.—¡A esa edad, que le echen á uno encima disgustos y leguas de mal camino! A esa edad... salía yo para el monte á las cuatro de la mañana, que aún no se veía luz, y me estaba allí á pié firme hasta las ocho de

la noche, que volvía para casa con el morral atacado de perdices... Y desde las cuatro de la madrugada hasta las ocho de la noche llevaba aguantada toda la lluvia, que se me había secado encima del cuerpo, y todo el sol, que maldito si le hacía yo más caso que á este café que bebo ahora, y todo el frío, y todas las brétemas, y los orvallos, y el pedrisco, y los demonios que me lleven... A veces no me contentaba con las horas del día... ¡buena gana de contentarme! ¡Cuántas noches de invierno tengo salido á las liebres, que andaban pastando en las viñas! Allí... con el tío Gabriel, tu tocayo... los dos esconditos tras de un pino... tendidos boca abajo... con un papel tapando la boca de la carabina para que las condenadas no olfateasen la pólvora... ¿Quieres más azúcar? No... ¡Lo que es del tiempo de Perucho... que me diesen á mí caza que matar y monte por donde andar y una empanada que comer y un jarro de mosto, que me sabía todo á gloria!... Ahora... ¡se acabó!... Ya no está uno de recibo más que para sentarse en una silla... ó para que le tiren al basurero.

—Pues yo—declaró Gabriel, bebiendo aprisa el último sorbo del café—no estoy tan tranquilo como tú; á los enamorados (y aquí se sonrió) algunas impaciencias hay que perdonarnos... Si sabes, poco más ó menos, hacia qué parte suele ir tu hija, me lo dices y salgo allá.

—¿Y quién es capaz de saberlo? Como son locos, si les dió la gana de no parar hasta el Pico Medelo, allá se plantificaron... Tú bien conoces

que tanto pudieron échar para Poniente como para Levante.

Gabriel Pardo se mordió el bigote, estrujándolo con el pulgar contra los labios. Cualquiera cristiano se da á Barrabás con semejantes respuestas en boca de un padre. Miró el artillero en derredor suyo, y al ver que no andaba por allí nadie, ni Sabel ni la cocinera, estuvo á punto de vaciar el saco... Pero al fin el comedor era un sitio abierto, podía entrar gente de un momento á otro, y lo que á él se le asomaba á la lengua era para dicho privadamente. Siguió preguntando de un modo indirecto:

—Y... ¿acostumbra Manuela salir así muchas mañanas y no volver á la hora de la comida?

—Pocas... ¡Hombre! ¿Ha de vivir ella en el monte como vivía yo? No se le ocurre á nadie eso. Pero á veces, en tiempo de verano (ya se sabe), y estando Perucho, les ha sucedido cogérles lejos un chubasco ó una tormenta, y entonces sabes qué hacen? Se meten á comer en casa del cura de Naya, ó del pobre de Boán, que en paz descansen, cuando vivía... ¡Cura más templado! Se defendió él solo contra una gavilla de más de veinte ladrones, que al fin me lo despacharon para el otro mundo; pero antes despachó él á uno de los galopines y malhirió á media docena... ¡Era más perro!

—Hoy, ni llueve, ni hay señales de borrasca—insistió con firmeza Gabriel.—Manuela no se habrá ido á comer á casa de nadie.

—Eso es verdad... pero los chiquillos, viendo que ayer no pudieron andar juntos, tal día como



hoy se habrán querido desquitar tomándolo por suyo todo.

El artillero sintió algo molesto, agudo y frío en el corazón; algo que era inquietud, pena y susto á la vez. Dominando su turbación involuntaria, dijo, en voz reposada y entera:

—Yo, en tu caso, no lo consentiría. Parece mal que una señorita de los años de Manuela ande por los montes sin más compañía que un mocito poco mayor. Es inconveniente por todos estilos, y hasta es exponerla, con este sol de justicia, á que coja un tabardillo pintado.

No obstante la moderación con que hablaba Gabriel, fuese por estar el hidalgo en punto de caramelo ó porque le moviese una secreta antipatía contra su cuñado, lo cierto es que exclamó casi á gritos, con bronca descortesía y depreciativo acento:

—¡Allá en los pueblos se educa á las muchachas de un modo y por aquí las educamos de otro!... Allá queréis unas mojigatas, unas *mirame y no me toques*, que estén siempre haciendo remilgos, que no sirvan para nada, que se pongan á morir en cuanto mueven un pié de aquí á la escalera de la cocina... y luego mucho de sí señor, de gran virtud y gran aquel, y luego sabe Dios lo que hay por dentro, que detrás de la cruz anda el diablo, y las que parecen unas santas... más vale callar. Y luego, al primer hijo, se emplastan, se acoquinan, y luego revientan, ¡revientan de puro maulas!...

Escuchaba Gabriel, trémulo y bajando los ojos. Se sentía palidecer de ira; notaba y re-

primía el temblor de sus labios, la llama que se le asomaba á las pupilas y el impulso de sus nervios, que le crispaban los puños. Un fuerte dolor en el epigastrio, el síntoma indudable de la cólera rugiente, le decía que si aguardaba dos minutos más no seguiría oyendo injuriar la memoria de su hermana sin cometer un disparate gordo. Tendió la mano derecha, y sin mirar al marqués alcanzó un vaso lleno de agua y lo apuró de un trago. Con la frescura del líquido, la voluntad vino en su ayuda; se incorporó, y dando la vuelta á la mesa se llegó á Don Pedro con la sonrisa en los labios y le puso las manos en los hombros, no sin visible sorpresa del hidalgo:

—Si no fueses todavía más bárbaro que malo (y empleaba el tono humorístico que había usado ya para pedirle á Manuela), lograrías sacarme de mis casillas y que me volviese tan incapaz y tan desatinado como tú... La suerte que te conozco y te tomo á beneficio de inventario, ¿has oído? Puedes echar por esa boca sapos y culebras; por un oído me entran y por otro me salen. No tienes ni pizca de trastienda, y no eres tú el que has de excitarme á mí y hacerme saltar... Eso quisieras. ¿Cargarme yo? Si me das lástima, fantasmón; si esta mañana no pudiste levantar el palitroque aquel para tundir el trigo... No cierras los puños, que no te hago maldito el caso; además, que no puedo reñir contigo; somos yerno y suegro, como quien dice, padre é hijo... y ya que tú no cuidas, como debieras, de mi futura esposa, yo voy á